

proezas los españoles don Juan de la Cueva, Pedro Juarez, Garcilaso de la Vega y muchos otros.

Una sorpresa que hicieron los turcos de la Goleta á las compañías italianas del conde de Sarno, que hallaron dormidas reposando de las fatigas de la noche (23 de junio), costó la vida á muchos capitanes y soldados, y entre ellos al mismo conde, cuya cabeza y mano derecha presentaron los turcos á Barbaroja. Celebraron aquel triunfo con feroz alegría, y se animaron á acometer al día siguiente las estancias de los españoles, bien que los hallaron mas apercibidos, y sin otro fruto que derramarse bastante sangre de una parte y de otra. En todos estos casos, que eran frecuentes, el emperador no dejaba nunca de acudir en socorro de los suyos armado de lanza y adarga, con el infante don Luis de Portugal que no se separaba de su lado, poniendo su imperial persona á tales peligros, que muchas veces las balas de la gruesa artillería turca caian á sus pies, y mataban al que iba cerca de él, ó salpicaban de lodo su caballo.

Grande alegría produjo en el campamento imperial, y no fué poca la que causó al mismo Carlos la llegada del esforzado Fernando de Alarcon (25 de junio), que venia de Italia con algunas galeras, acompañado de su yerno don Pedro Gonzalez de Mendoza, sobrino del duque del Infantado, de don Fadrique de Toledo, primogénito del marqués de Villafranca, y de otros caballeros españoles. Y no fué tampoco mal

auxilio el de otras naves que arribaron de España con gente y bastimentos. Todo hacia falta: porque tambien el ejército de Barbaroja se habia aumentado extraordinariamente con los refuerzos que habia recibido de Alejandría y otros puntos, y entre turcos, genizaros, moros, alárabes y renegados, contaba en Tunez y sus cercanías hasta el número de cien mil infantes y treinta mil caballos, bien que no en todos podia tener confianza, ni todos eran tropas regulares.

Asi fué que el 26 (junio) se decidió á hacer una acometida general al campo cristiano, atacando simultáneamente todos los puntos. Dia fué este en que hubiera podido malograrse la empresa de Carlos sin la vigilancia y la energía del César, y sin los heroicos esfuerzos de sus valerosos generales. Señalóse, entre todos en esta jornada el marqués de Mondejar, escogido por el emperador para inutilizar la artillería de los moros, que desde los olivares estaba haciendo, casi á mansalva, el mayor estrago. Condújose con tal bizarría el marqués, que con poca gente y sin reparar en vallados, tapias, viñedos y otros obstáculos que el terreno presentaba, desbarató con sus arcabuceros los moros de los olivares, cogió gran parte de su artillería, y rechazó por aquel lado á los enemigos, si bien poniendo á cada instante en inminente riesgo su vida, y recibiendo al fin una lanzada que le obligó á retirarse porque se iba á toda prisa desangrando. Distinguíéronse tambien por su arrojo don Bernardino

de Mendoza, don Alonso y don Pedro de la Cueva, don Fernando de Alarcon, don Fadrique de Toledo, don Juan de Mendoza, y mas que todos el emperador, que peleando lanza en ristre donde era mayor el peligro, alentaba de tal manera con su presencia y ejemplo, que decidió la victoria, la cual no se logró sin la muerte del brioso hidalgo Valdivia, del intrépido Juan de Benavides, y de otros no menos esforzados capitanes.

Honró á Carlos, aun mas que la victoria de aquel dia, un rasgo de nobleza que merece mencionarse. Presentóse en el campo un moro pidiendo hablar en secreto al César. Admitido que fué, díjole que habia un medio para que pudiera ganar la ciudad sin perder un soldado ni gastar un escudo. Preguntado por el emperador qué medio era este, respondió el moro que el de asesinar á Barbaroja, lo cual se ofrecia él á ejecutar y lo haria muy fácilmente echándole un tósigo en el pan, puesto que él era el panadero del rey. «Deshonra sería de un príncipe, replicó indignado el emperador, valerse de la traicion y de la ponzoña para vencer á un enemigo, aunque sea un aborrecido corsario como Barbaroja, á quien pienso vencer y castigar con el favor de Dios y con la ayuda de mis valientes soldados.» Y envió noramala al traidor africano (1).

(1) «En este tiempo vino de Tunes un moro, el cual decia que era panadero del Barbaroja y ofre-

cióse de entosigalle, lo cual el Emperador jamás quiso aceptar, porque no fuese traicion el camino

Aquel mismo dia se levantó repentinamente una horrible tormenta con tan furioso viento y tan deshechos aguaceros, que las tiendas y pabellones se desplomaban; las naves chocaban reciamente unas con otras; ni de la tierra se veia el mar, ni desde el mar se divisaba la tierra; los gritos y alaridos del campo se mezclaban con los estampidos de los truenos; todo era aturdimiento y confusion; ni sabian los cristianos si los acometian los moros ni por dónde; ni podia desplegarse bandera, ni dispararse arcabúz; ni los capitanes acertaban á mandar, ni los soldados veian á quien obedecer, y todos corrian desatentados y ciegos. Temiendo las consecuencias de tan general espanto, el príncipe Andrea Doria discurrió infundir aliento á su gente gritando por todas partes: «*La Goleta es ganada.*» Aunque no era verdad, la voz surtió el efecto que se habia propuesto el gran marino, y cuando se serenó la tempestad se halló el ejército animado para resistir á los turcos que ya salian del fuerte.

Otro dia (29 de junio) se vió aparecer sobre las ruinas de Cartago unos doscientos moros á caballo ondeando unas tocas blancas en señal de paz y diciendo á voces: «*Todos somos unos y de un señor.*» Era el rey de Tunes destronado por Barbaroja, Muley

por do alcanzase la victoria.— Códice de Misceláneas de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—*Relacion de lo que sucedió en la conquista de Tunes y la Goleta.* núm. 3.

Hacen, con quien el emperador traia ya secretas inteligencias, y á quien habia ofrecido restituírle su reino. Salieron á recibirle muy cortesmente el duque de Alba, el conde de Benavente y Fernando de Alarcón. Cincuenta pasos antes de llegar á la tienda del emperador, arrojó Muley Hacen al suelo su larga lanza de cuarenta palmos, soltaron los demas moros las suyas, apeáronse todos, llevaron en brazos á su rey, levantóse el emperador para recibirle, Muley le besó en el hombro, y con gran respeto le dijo: «Seas en buen hora, gran rey de los cristianos, venido á estos trabajos que has tomado: espero en Dios misericordioso tendrán su recompensa; y si la fortuna de todo me privase, mientras Hacen, siervo tuyo, viviese, ni faltará voluntad para servirte, ni conocimiento para agradecerte el cuidado que por él tomaste. Por la venida que has hecho te doy mil gracias, y por lo que aqui te detendrás te beso los pies, pues en tan gran obligacion me has puesto, asi como á mis descendientes, dándome ayuda contra Haradin Barbaroja, que me ha hecho tantos males cuantos bienes él y sus hermanos de mí recibieron, cuando mayor necesidad tenian y yo mayor prosperidad. No te maravilles, gran sultan, de esto que digo, ni de las quejas que con dolor te doy, porque en ley de bueno cabe hacer buenas obras á todos, y á ninguno zaherirlas..... No tanto codicio volver á Tunez por cobrar mi patrimonio ni entrar

»en mi reino perdido, cuanto por tener con que servirte.»

Contestóle el emperador con mucha amabilidad, prometiendo que le libraría de los trabajos que Barbaroja pudiera darle, y encargó á todos los grandes y caballeros que le dieran el mejor tratamiento. Muley regaló á Carlos la hermosa y ligerísima yegua castaña que montaba, y se despidió para admirar luego el orden del ejército y campamento imperial, que para él era cosa nueva y sorprendente ⁽¹⁾.

Pasaron todavía los cristianos grandes fatigas y penalidades en los dias siguientes. Los ardientes calores del suelo africano en la rigurosa estacion del mes de julio, la sed abrasadora, la falta de agua y de alimentos sanos, los trabajos de las obras de ataque, las escaramuzas y rebatos diarios, el continuo cañoneo de una y otra parte, las enfermedades que se desarrollaban, todo hacia desear que se pusiera término á aquella situacion lo mas brevemente posible, y el emperador asi lo procuró disponiendo un ataque

(1) Consérvanse en nuestros archivos varias cartas que el emperador escribió á la emperatriz y á algunos grandes y señores de España, entre ellos, al virey de Navarra, con quien se comunicaba siempre que podia, fechadas: «De nuestro campo sobre la Goleta de Tunez, á 30 de junio del año de 1535.—Yo el Rey.—Cobos, Comendador mayor.» En ellas da cuenta de lo que le habia acaecido desde su salida de Barcelona hasta aquella fecha. Nuestros antiguos historiadores insertan algunas de ellas. Otras hay inéditas, que la naturaleza de nuestra obra no nos permite detenernos á copiar.—El inglés Robertson dedica solo unas breves páginas á la relacion del importante sitio y conquista de la Goleta y de Tunez, y omite todos los incidentes. Sandoval, por el contrario, trata este suceso con tanta prolijidad, que le consagra multitud de páginas en folio.

general por mar y tierra á aquella fortaleza formidable. La noche antes de la batalla (13 de julio) la pasó visitando en persona, acompañado como siempre de su cuñado el infante de Portugal, todos los reparos y bastiones, baterías y trincheras, animando con alegre semblante á capitanes y soldados, recordándoles sus antiguas victorias, y principalmente el haber espantado con solo su nombre en Hungría y hecho retirar á quinientos mil turcos, y prometiendo recompensar largamente á cada uno segun lo que en aquella jornada mereciese, con lo cual todos ardian en deseos de que llegara la hora del combate.

Las fuerzas así de tierra como de mar se habian dividido en tres tercios y puesto en la colocacion conveniente para el ataque simultáneo. El príncipe Andrés Doria, general de la armada, mandaba las galeras que habian de batir la torre de la Goleta, el muro nuevo y el bastion de la marina. Ayudábale con las galeras del papa, con las de Rodas, Malta y Portugal, el caballero romano conde de la Anguilára. Capitaneaba las galeras de Nápoles don García de Toledo, marqués de Villafranca. Don Alvaro de Bazan era el gefe de la flota española. El ejército de tierra estaba igualmente partido en tres tercios: Santiago, San Jorge y San Martin eran los nombres de la vanguardia, del centro y de la retaguardia. Habia en el campo de los españoles veinte piezas de batir, con una culebrina de mas de veinte pies de largo:

los italianos tenian en su cuartel diez y seis piezas.

Al romper el alba (14 de julio) el emperador oyó misa y comulgó con los de su córte. Al ser de dia se dió la señal y comenzó el estruendo de la artillería de los cristianos, y á contestar los moros y turcos con la suya desde la Goleta. El cañoneo duró unas seis horas: el humo quitaba la vista, los estampidos ensordecian, el agua hervia debajo de las naves, y parecia que retemblaba la tierra y que se rompía y desgajaba el cielo. Comunicáronse los dos generales de tierra y de mar, el marqués del Vasto y el príncipe Doria; y el emperador tan pronto estaba en las baterías como cogia un arcabuz para disparar á los alárabes y moros de la parte de los olivares. Brava y heróica era la resistencia de los mahometanos. Al fin se desplomó la torre de la Goleta con su barbacana aplanando á los artilleros turcos, y despedidos los lienzos y bastiones por varias partes, se ordenó el asalto general. A los disparos que hacian todavía los turcos, se detuvieron y arremolinaron los italianos y españoles, y al verlo el emperador: «¡Oh mis soldados! esclamó á gritos: ¡aqui mis leones de España!» Y encendidos en corage arremetieron á porfia sin acordarse ya nadie de la muerte. Parece que los primeros que entraron en la Goleta fueron los soldados Miguel de Salas y Andrés Toro, ambos toledanos: de la gente de las galeras fué el primero don Alvaro de Bazan, y de los caballeros el príncipe de Salerno.

Muertos y ahuyentados los turcos y moros, hizose general la entrada de los imperiales en la Goleta. Halláronse sobre cuatrocientas piezas de artillería, algunas muy gruesas y con flores de lís é inscripciones que denotaban haber sido llevadas de Francia. Se cogió gran cantidad de municiones y armas, y un número de flechas increíble; se apresaron en el canal cuarenta y dos galeras, entre ellas la capitana que Barbaroja habia traído de Constantinopla, con mas otras cuarenta y cuatro galeotas, fustas y bergantines, y otras pequeñas naves hasta ochenta y seis de varias formas. El mismo dia entró el emperador en la Goleta con el infante de Portugal su cuñado, y con el rey Muley Hacen, á quien dijo con risueño semblante: «*Esta será la puerta por donde entraréis en vuestro reino.*» Muley Hacen bajó los ojos, le dió las gracias, y dijo rogaba á Dios le diese cumplida victoria. Aquel mismo dia escribió Cárlos á la emperatriz, y á los grandes y vireyes de España noticiándoles su glorioso triunfo ⁽¹⁾.

El pensamiento del emperador era marchar aquella misma noche sobre Tunez, y así lo escribía á España. Mas en el campo imperial se levantó una

(1) Sandoval cita varios hechos de armas heróicos, y particulares rasgos de valor que ocurrieron en el sitio y toma de la Goleta, de esos que siempre acontecen en tan largos y serios combates.—De las cartas del emperador solo cita las que dirigia al marqués de Cañete, virey de Navarra, las cuales pudo sin duda conocer mas fácilmente, y se le franquearian del archivo de aquel reino, como obispo de Pamplona que era.

fuerte oposicion á este proyecto, fundada en no leves razones, cuales eran, el corto número de gente para tomar una ciudad populosa y vasta, defendida por cien mil y mas combatientes con que contaba Barbaroja; la escasez de caballería para pelear contra veinte mil alárabes, diestros ginetes y con buenos caballos; los muchos soldados que se hallaban ya enfermos, y sobre todo el calor abrasador, y la falta de agua que los ahogaria en el camino. Pero Cárlos, que tenia empeño en arrojar de allí á Barbaroja, y que habia prometido el reino á Muley Hacen, convocó todos los caballeros y capitanes, les espuso con energía sus razones, les habló al alma, interesó su amor propio, y adhiriéndose á él el infante don Luis de Portugal y el duque de Alba, quedó resuelta la jornada á Tunez, si bien se difirió unos dias.

Barbaroja, aun perdido la Goleta y la flota, que eran sus dos grandes elementos de resistencia y de fuerza, resolvió tambien defender á todo trance su capital. Contaba con mas de cien mil soldados, y si tenia muchos desafectos, procuraba ganarlos con dádivas ó aterrarlos con ejemplares de castigos crueles, y fiaba en que faltaria sustento á los cristianos, y principalmente el agua, y se morirían de sed. Apercibió su gente, velaba todas las noches, tomó todas las medidas para esperar á los cristianos, y para estar mas libre de zozobra encerró los cautivos, que eran mas de doce mil, en la alcazaba, y gracias que no los hizo

quemar, como fué su primer impulso y pensamiento.

Determinada la partida del ejército imperial, dispuso el emperador que quedara en la Goleta Andrés Doria con algunas compañías italianas y españolas, con los enfermos, las mugeres, los mercaderes y gente de oficio; y dejándole las convenientes instrucciones, y armándose él de punta en blanco, después de recorrer todos los escuadrones, se puso en marcha la mañana del 20 de julio con los veinte mil hombres de todas armas que formaban el ejército expedicionario, cuyo orden quiso dirigir él mismo en persona, no obstante que llevaba generales tan entendidos como el marqués del Vasto, el príncipe de Salerno, Fernando de Alarcon, el duque de Alba, el marqués de Mondejar y otros buenos caudillos. El rey Muley Hacén le sirvió mucho para informarle de la posición de la ciudad, de sus contornos, de las costumbres y manera de pelear de los tunecinos y alárabes.

La marcha fué tan penosa como muchos habían previsto. A falta de bestias de tiro, tenían los hombres que arrastrar á brazo la artillería por un suelo de movediza y menuda arena. Habían andado dos millas cuando llegando Muley Hacén á Carlos V. le dijo: «Señor, los pies teneis do nunca llegó ejército cristiano.—Adelante los pornémos, le respondió el rey, *placiendo á Dios* ⁽¹⁾.» Aunque cada soldado lle-

(1) Relacion de lo que sucedió, te. 11.—núm. 3. etc. Biblioteca del Escorial, estan-

vaba sobre sí la provision para tres ó cuatro dias, y alguna agua en una pequeña bota, era tan recio el sol, y aquella tan escasa, y calentóse tanto en siete horas de marcha por aquellos abrasados arenales, que se morian de sed y rompian las filas desmandándose en busca de agua, teniendo el marqués del Vasto, y el emperador mismo, que andar á cuchilladas con los soldados para ponerlos en orden. Algunos caian muertos y otros desmayados, como le aconteció al conde de la Coruña don Alonso de Mendoza, y habia quien por beber se ahogaba en las cisternas. Así anduvieron las cinco millas desde la Goleta á Tunez, en cuyas inmediaciones encontraron á Barbaroja esperándolos con su numerosa morisma. Asustáronse muchos al ver tan espesa masa de enemigos, y como alguno lo manifestase así al marqués de Aguilar; «Mejor, contestó éste, así venceremos á mas, y será mayor el despojo: *á mas moros mas ganancia.*» Frase que desde entonces quedó en España como adagio popular.

Frente ya uno de otro, Carlos V. y Barbaroja, cada cual ordenó sus haces y arengó á los suyos. Fiado Barbaroja en la superioridad numérica de su gente, y en el cansancio, la fatiga y la sed de los imperiales, dió el primero la señal de acometer, y arrojáronse sus moros con descompasados gritos sobre los cristianos; mas á pesar de su fuerza numérica, de la ventaja de sus posiciones, y del arrojo y esfuerzos del an-

tiguo gefe de piratas, todo se estrelló contra la disciplina, la serenidad, el valor y los certeros tiros de las regladas tropas del imperio, dirigidas por tan esper- tos y entendidos capitanes; y despues de algunas ho- ras de recio y general combate, volvieron los maho- metanos las espaldas al enemigo y los rostros hácia Tunez, arrastrando en su fuga al mismo Barbaroja, y quedando los cristianos en el campo, donde se harta- ban en las cisternas y pozos de agua y de sangre, to- do revuelto. La confusion y el espanto se difundieron por la ciudad, y muchos la desamparaban despavori- dos. Barbaroja habia vuelto decidido á defenderla, pero un suceso en que él no habia pensado le puso en la desesperacion, y dió al traste con sus planes. Los cristianos cautivos encerrados en las mazmorras de la alcazaba, aquellos á quienes habia tenido tentacion de hacer degollar, y cuyo acto de barbarie suspendió por habersele afeado el judío Sinan, durante la ausencia de Barbaroja habian logrado ganar á dos guardas del fuerte, que eran españoles renegados, se hicieron due- ños de las llaves, rompieron las cadenas, arrollaron la guardia turca, se apoderaron de la artillería, y la volvieron contra sus propios verdugos. Cuando lo supo Barbaroja, maldijo al hebreo que le habia qui- tado del pensamiento degollar y quemar los cauti- vos, decayó de ánimo viendo la alcazaba perdida, desfallecieron tambien la mayor parte de los suyos, y lleno de rabia y de melancolia huyó de Tu-

nez con los que quisieron seguirle camino de Bona.

Entretanto el victorioso emperador marchaba con su ejército hácia la ciudad con grandes precauciones por temor de alguna emboscada. En esto divisaron una bandera blanca en la torre de la alcazaba. El em- perador, que ignoraba el suceso de los cautivos cris- tianos, no sabía á qué atribuir aquella señal; mas no tardó en ser informado de todo lo ocurrido por al- gunos moros del arrabal que se adelantaron á ofre- cérselo de rodillas, besándole los pies y proclamando *Imperio*. Acercóse entonces á la poblacion, y encon- tróse con comisionados de la ciudad que salian á ha- cerle entrega de las llaves, y al ver á su antiguo rey Muley Hucen, mostraron ó verdadera ó fingida alegría con lengua, gestos y ademanes exagerados segun su estilo. Bien hubiera querido Muley Hacen evitar el saqueo de la ciudad, y así se lo suplicó al empera- dor, hasta ofrecerle quinientas mil doblas con tal que en las dos primeras horas lo impidiese. ¿Pero podian ni el César ni los capitanes tener enfrenada la sol- dadesca una vez dentro en la ciudad? Así fué que no hubo medio de contener la matanza y el pillage, en que se cebaron los soldados grandemente, siendo una de las cosas que sintió mas Muley Hacen el destrozo de la magnífica librería, cuyas encuadernaciones é iluminaciones en oro y azul valian una suma in- mensa.

Hizo pues Cárlos V. su entrada en Tunez el miér-

coles 21 de julio de 1535 (1). Halláronse allí muchas armas de las que los españoles habían perdido en la desastrosa jornada de los Gelbes, juntamente con el rico arnés dorado que fué del desgraciado don García de Toledo. Hiciéronse sobre diez y ocho mil esclavos, que se vendían á los mas ínfimos precios. En cambio recobraron su libertad los doce ó diez y seis mil cautivos cristianos que allí tenía Barbaroja, muchos de ellos desde el tiempo de sus piraterías. Despachó el emperador pliegos á todas las naciones de la cristiandad participándoles su triunfo, y envió á España con cartas para la emperatriz al caballero portugués Jorge de Melo. Permaneció algunos dias en Tunez para tratar con Muley Hacen las condiciones con que había de entregarse su antiguo reino, que fueron las siguientes:

1.^a Muley Hacen se obligaba á dar libertad á todos los cautivos cristianos que existiesen en su reino, y á no consentir que nunca ni por nadie fuesen maltratados.

2.^a Ni él ni sus sucesores cautivarían jamás, ni consentirían cautivar cristianos de ninguno de los dominios del emperador, ni de los de su hermano don Fernando.

3.^a El rey de Tunez permitiría en su reino igle-

(1) Sandoval ha tenido la curiosidad de observar la rara coincidencia, que el 16 de junio en que desembarcó el emperador en África, fué miércoles, que el 14 de ju-

lio, en que tomó la Goleta, fué miércoles también, y el 21, en que hizo su entrada en Tunez, fué igualmente miércoles.

sias cristianas, sin que se estorbára la celebracion de los oficios y culto católico.

4.^a No consentiría vivir en sus tierras ningun moro de los nuevamente convertidos en Valencia y Granada.

5.^a Cedia Muley Hacen al emperador y reyes de España las ciudades de Bona, Biserta y otras fuerzas marítimas que Barbaroja tenía usurpadas en el reino de Tunez.

6.^a Dejaba á Carlos y sus sucesores la posesion de la Goleta con dos millas de terreno en circunferencia, con la sola condicion de que permitieran á los vecinos de Cartago sacar agua de los pozos de la torre llamada del Agua.

7.^a Libre trato y circulacion por todo el reino á los cristianos que guarneciesen la Goleta.

8.^a El rey de Tunez pagaría para el sostenimiento de la fortaleza doce mil ducados de oro anuales.

9.^a Todos los súbditos del emperador podrian comerciar libremente en el reino, teniendo un juez imperial para sus causas.

10.^a Muley Hacen y sus sucesores pagarían al rey de España y los suyos todos los años perpétuamente el dia 25 de julio en reconocimiento de vasallage seis buenos caballos moriscos y doce halcones, bajo las penas que de no cumplirlo se establecieron.

11.^a Mútua y perpétua amistad entre el emperador y sus sucesores y el rey de Tunez y los suyos, y

libre negociacion y comercio entre sus respectivos vasallos.

12.^a El de Tunez no recogeria, antes se obligaba á echar de sus reinos todos los corsarios y piratas que anduviesen por el mar y fuesen enemigos del César ⁽¹⁾.

Bajo estas condiciones, que firmaron los dos monarcas, con sus correspondientes testigos, y que se escribieron en español y en arábigo, dió Carlos posesion de su antiguo reino á Muley Hacén, que subiendo otra vez al trono por entre torrentes de sangre no podia prometerse ser mejor quisto que antes de sus vasallos, por mas que el emperador le dijera al despedirse estas nobles palabras: «Yo gané este reino »derramando la sangre de los míos; tú le has de conservar ganando el corazón de los tuyos: no olvides los »beneficios que has recibido, y trabaja por olvidar las »injurias que te han hecho.»

En persecucion de Barbaroja habia enviado Carlos á Adán Centurion con algunas galeras, el cual se volvió sin atreverse á llegar á Bona. Avergonzóse Andrés Doria de aquella cobardía, y marchó él mismo con cuarenta galeras: mas cuando llegó á las aguas de Bona, ya Barbaroja se habia fugado: tomó la ciudad y el castillo, y regresó dejando en él á Alvar Gomez con una compañía de españoles. De buena gana hubiera ido el emperador en seguimiento del famoso

(1) Dumont, Corps. Diplomat. perador, lib. XXII. tom. II.—Sandoval. Hist. del Em-

corsario hasta arrojarle tambien de Argel, pero hubo de desistir ante las consideraciones que le espusieron. Logrado, pues, el objeto de su espedicion, despidió las flotas de Portugal y Castilla, y dejando por alcaide y gobernador de la Goleta á don Bernardino de Mendoza con mil veteranos españoles, dióse á la vela con el resto de las naves la via de Italia, arribó á Trápana, ciudad de Sicilia (20 de agosto), y de allí á Monreal y Palermo, donde fué recibido con las demostraciones mas solemnes de público regocijo.

De tal modo el resultado de esta ruidosa espedicion hizo subir de punto la fama de Carlos V., que su gloria, como dice un entendido historiador, «eclipsó la de todos los soberanos de Europa, pues mientras los demás príncipes no pensaban sino en sí mismos, y en sus particulares intereses, Carlos se mostró digno de ocupar el primer puesto entre los reyes de la cristiandad, toda vez que aparecia cifrar todo su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano, y en asegurar el sosiego y la prosperidad de Europa.»